—Bien puede uno casarse con ellas.

—Si el corazon os lo aconseja, podeis ponerle los puntos á la que mas os agrade, si es que teneis trescientos ó cuatrocientos mil francos de renta.

Se veía á Lazarine y Renée en el tiro de pichones, en el Círculo de patinadores, y en el salon del Hotel Douot á la hora de las ventas. Parecia que tenian el dón de hallarse en todas partes.

Tenian señalado *un dia* para recibir á los amigos de su padre y á los *gomosos* que hemos mencionado antes.

Se tomaba en estas reuniones ponche y se jugaban cigarrillos de papel.

El banquero honraba algunas veces con su presencia, durante una ó dos horas, aquellas reuniones íntimas, y en su semblante se dibujaba la satisfaccion que experimentaba.

—Os doy mi palabra de honor, querido amigo—dijo un dia á su íntimo y anciano amigo el príncipe Godefroy de Castel-Vivant, tipo bastante curioso que no tardaremos en dar á conocer á nuestros lectores—que mis hijas son tan célebres como *Tatá*.

Tatá era en aquel momento su favorita predilecta.

—Mucho mas célebres—contestó el príncipe

—es un elogio que debo haceros, y lo hago de todo corazon.

Las dos hermanas no faltaban á ningun estreno, y no tenian inconveniente en asistir á aquellos teatros en que las jóvenes casadas van á un palco á ocultar la cara tras de un abanico grande.

Lo mismo iban al Palais-Royal, á Variedades, á Folies dramatiques, que á los Bufos y las Folies Marigny, que á la Comedia, al Gimnasio y á la Opera cómica.

Como asistian á todas partes, y en todas ellas figuraban en primer término, todos los periodistas tenian estereotipado el siguiente suelto:

"*Las dos encantadoras hijas de uno de nuestros mas opulentos banqueros, J. L., brillaban, por su hermosura y la riqueza y gusto de sus trajes, en una platea....*" Tal género de vida habia hecho naturalmente que Lazarine y Renée adquirieran celebridad, y ademas que se perfeccionasen demasiado en el lenguaje especial de los obradores y bastidores, y poseían á la perfeccion las filigranas del leguaje libre llamado *verde*.

No tenian la menor idéa de las conveniencias sociales, y trataban á su padre con una pasmosa familiaridad, como si hubieran tratado á un jóven de su edad, lo cual le parecia encantador al autor de sus dias.

Parece lógico pensar que, con aquel género de vida, Lazarine y Renée verian comprometido su porvenir y serían criticadas cruelmente.

Algo de esto ocurría en efecto, pero en menor escala de lo que se podia creer.

El sistema de educacion de Julio Leroux era conocido de todo el mundo; así es que todos criticaban mas al padre que á las hijas, y se añadia que nadie podia culpar á aquellas criaturas inconscientes y entregadas á sí mismas, precisamente en la edad en que el cuidado y la ternura maternal son tan necesarios á ciertas faltas cometidas en la adolescencia.

Se las tachaba de inconsecuentes y coquetas; pero se las suponia en el fondo mas sencillas de lo que aparentaban ser, y los *sietemesinos* que las rodeaban sabian mejor que nadie que no existia la gravedad real que todo el mundo sospechaba dadas las apariencias.

¡Cosa singular! La sociedad, demasiado severa casi siempre, era esta vez demasiado indulgente.

Nuestro juicio será mas severo que el suyo.

Lazarine y Renée tenian en la masa de la sangre todo lo que podia hacerlas convertirse en criaturas peligrosas.

Frívolas y ligeras, sin creencias y sin principios, hubieran podido salvarse por el corazon;

pero éste les faltaba. Su solo culto era el placer, su único dios el dinero.

La moral sembrada por el banquero, daba sus frutos naturales.

Lazarine, tres ó cuatro meses antes, se habia hecho la heroina de una pequeña aventura descubierta á tiempo, y de la que vamos á ocuparnos, porque debia influir mas adelante en su porvenir.

Julio Leroux habia mandado pintar y decorar uno de los salones del hotel por un maestro de moda.

Este tenia un discípulo que preparaba el trabajo, pintaba los fondos y bosquejaba las figuras y los accesorios, que despues dibujaba el artista.

El discípulo se llamaba Héctor Begourde; era el tipo mas original que imaginarse puede, llamado vulgarmente *Totor* por sus camaradas; era un jóven cuya figura era el ideal de un hombre bonito. Tenia veintitres años, un talle encantador, cabellera negra y rizosa, bigote sedoso, ojos risueños, y con todo esto una elegancia natural; con su traje de terciopelo negro y su sombrero de fieltro grís, un *esprit* y una gracia de un *bohème*, una absoluta satisfaccion de sí mismo y las verdaderas nociones del baile francés, ilustrado por Brididi, le hacía irresistible á los ojos de las fáciles bellezas del salon